

# Unamuno, lector de Lucano

*Victrix causa aliis placuit, sed victa Unamuno.*

Una de las cosas que llama en seguida la atención al lector de la obra unamuniana es la gran cantidad de ensayos breves y, sobre todo, de artículos que, en realidad, consisten en la recensión o reseña de un libro, en no pocas ocasiones hoy enteramente olvidado. Se trata, claro está, de reseñas bastante peculiares. Don Miguel suele, sí, empezar reseñando el libro en cuestión; luego se fija en algún párrafo o frase que comenta más o menos de cerca y de manera más o menos personal, y a continuación, partiendo de estos párrafos o frases y distanciándose cada vez más de ellos, se lanza a hablarnos de las preocupaciones y sentimientos que le embargan, o de sus ideas sobre el asunto, o incluso aprovecha para intentar sacudir nuestra conciencia o influir en ella. En su excelente *Vida de Don Miguel*, Emilio Salcedo, aunque sin insistir sobre el particular, ha aludido a "Unamuno, eterno comentarista que tomaba siempre como apoyatura un texto ajeno para sus personalísimas interpretaciones".<sup>1</sup> Y, en efecto, don Miguel de Unamuno estaba firmemente persuadido del importante papel que incumbe a los comentaristas. "La intensa significación—dice en un texto de 1906<sup>2</sup>—de las grandes obras miliares de la poética humana es, en su mayor parte, obra de comentaristas. Tal verso preñado de hermosura y sugestión, lo está *por haberlo nosotros oído en tal augusto momento de la vida o envuelto con tales otros pensamientos o en una aplicación determinada*". En ese mismo ensayo se ocupa Unamuno de los dos procedimientos en su opinión viables para hacer un comentario: la exégesis histórico-crítica y la exégesis simbólica y mística. Con gran vigor señala las limitaciones de la primera: "Someteros a la inteligencia histórico-crítica de los caudales del legado poético de la humanidad, es encerrar el talento de hermosura que se nos ha dado y no dejar que rinda relieves; es materializar las obras eternas remachándolas a lugar y a día". Para poner más de manifiesto las diferencias entre ambos tipos de exégesis, se refiere a los resultados de su aplicación al caso ejemplar de los Evangelios: "La docta exégesis histórica está empeñada en la meritísima labor de poner en claro qué es lo que en los Evangelios dijeron y quisieron decir los evangelistas, tamizar la historia apurándola de la leyenda y darnos el Cristo histórico. Y en tanto, sigue, de un modo o de otro, la exégesis simbólica y la mística, merced a la cual vive Cristo en los siglos y toma los colores todos con que tiñen su divino manto todos los encendidos ocasos de todos los soles que mueren en los tiempos". Quizá le parece a don Miguel haber ido demasiado lejos en su escaso aprecio de la investigación histórico-crítica, y, por ello, dice también: "Lejos de mí el desconocer el valor grandísimo de toda inquisición estrechamente histórica y crítica", pero sin poder menos de agregar a esta rectificación: "mas de ese valor la mejor parte es servirnos de los resultados de tales disquisiciones *como punto de partida de nuevas fantasías y nuevos renovamientos arbitrarios*". Los subrayados de las citas son algo así como las ideas básicas directrices de los comentarios unamunianos, entre los que sobresale, como espléndido modelo del género, *La Vida de Don Quijote y Sancho*. Gran parte de la obra de Unamuno—monótona, reiterativa ("en rigor"—decía él mismo<sup>3</sup>—"desde que empecé a escribir he venido desarrollando unos pocos y mismos pen-

1. Emilio SALCEDO, *Vida de Don Miguel*, Salamanca, 1964, p. 360.

2. "El entierro del clasicismo", *Obras completas*, V, p. 705 ss.

3. "Advertencia preliminar" a sus *Ensayos*, *Obr. compl.*, III, p. XI. Poco más o menos se expresa en "Soliloquio", *Obr. compl.*, III, p. 993.

samientos cardinales")— consiste en su labor de comentarista, en su tarea de comentar. Mas este aspecto, podríamos decir formal, de su actividad literaria no es otra cosa que un procedimiento muy adecuado al objetivo principal a que apuntaba con su constante escribir: realizar una misión moralizadora: "me dedico—dice en una ocasión<sup>4</sup>— a remover espíritus, a despertar conciencias". Ésta era, sin ningún género de duda, su íntima vocación, y he aquí la receta que daba para llevarla a cabo: "No quieras influir sobre el ambiente ni eso que llaman señalar rumbos a la sociedad... Coge a cada uno, si puedes, por separado y a solas en su camarín, e inquiétalo por dentro, porque quien no conoció la inquietud jamás conocerá el descanso. Sé confesor más que predicador. Comunícate con el alma de cada uno y no con la de la colectividad"<sup>5</sup>. Don Miguel nos ha dado aquí la palabra clave: "*predicador*". Lo que él es ante todo— es seguro, sí, que le hubiera gustado ser también confesor—, lo que es antes que nada es predicador. Tan difícil de deslindar como era para él política y religión, o mejor, debido a la raíz religiosa que todo tenía para él, don Miguel de Unamuno tuvo en su vida, o las buscó, muchísimas ocasiones para predicar sermones. Sermón es, por ejemplo, su discurso de inauguración del curso académico 1900-1901 en la Universidad de Salamanca; sermón es su última lección magistral en la misma Universidad el día 30 de septiembre de 1934; sermón, éste sí que lo fue, y de campanillas, su increíble "meditación evangélica" sobre *Nicodemo el fariseo*,<sup>6</sup> leída—lo mismo que lo hubiera hecho un pastor protestante— en 1899 en el Ateneo de Madrid, nada menos. Los unamunistas no han podido verificar, al parecer, si efectivamente predicó aquellos seis sermones de que habla en una carta de 1900:<sup>7</sup> "Me llaman de Vigo y en vez de soltar seis conferencias de economía política o de lingüística, haré una seisena, seis sermones laicos con su tinte protestante". Pero, predicara o no estos seis sermones, la noticia que comunica en esta carta es un testimonio revelador.

Ahora nos podemos explicar bastante bien qué es lo que Unamuno buscaba en sus lecturas: pábulo para sus meditaciones, refugio para sus desasosiegos, materia para su predicación. Y en el comentario que hace de las citas sacadas de sus lecturas sigue el mismo método que el celebrante en la homilía, que el predicador en el sermón, que el que da unos ejercicios en la plática. O sea: recurre con preferencia a lo que hemos visto que él llamaba exégesis simbólica y mística, y que quizá fuera más exacto denominar método homilético. Incluso la complacencia que Unamuno muestra en desentrañar el sentido etimológico de las palabras—tal vez aquello que en la obra unamuniana está más en conexión con su actividad específicamente profesional, algo, por lo demás, no exento de cierto exhibicionismo y de un poco de pedantería—, hasta esta preocupación por la etimología no es, si muchísimo menos, ajena al género literario de la predicación religiosa.

Acabamos de aludir a la profesión de Unamuno que, como es hartamente sabido, fue durante muchos años catedrático de griego de la Universidad de Salamanca. Y parece que lo normal sería que en su obra escrita hubieran dejado abundante huella los autores antiguos y que fueran muy numerosas las citas antiguas y los comentarios correspondientes. Pero en realidad no es así. Unamuno mismo se dio cuenta de ello, e intenta darnos una razón de esta ausencia de los clásicos en su obra: "Nunca he hecho alarde"—dice<sup>8</sup>—"de

4. En carta de 1904 a P. Jiménez Iundain, citada por Luis S. Granjel, *Retrato de Unamuno*, Madrid, 1957, p. 138.

5. En el artículo "¡Adentro!", *Obr. compl.*, III, p. 215.

6. Este ensayo es uno de los seis que constituían sus planeadas *Meditaciones evangélicas*. Solamente redactó tres de ellas y únicamente publicó *Nicodemo*; en *Del sentimiento trágico de la vida* aprovechó el material de estas meditaciones (cf. SALCEDO, *op. cit.*, p. 89).

7. En carta a J. ARZADUN, citada por GRANJEL, *Obr. cit.*, p. 138. Estos seis sermones, ¿no serían acaso precisamente las seis *Meditaciones evangélicas* a las que acaba de hacerse referencia?

8. "Sobre la enseñanza del clasicismo", artículo aparecido en 1907 en la revista *Vida intelectual*, citado por Manuel GARCÍA BLANCO, *El mundo clásico de Miguel de Unamuno*, Madrid, 1960, p. 13 s. José S. LASSO DE LA VEGA, *Heleñismo y literatura contemporánea*, Madrid, 1967, p. 14 adopta una postura, como ahora se dice, maximalista en cuanto a la importancia de los clásicos antiguos en don Miguel de Unamuno, "cuya obra"—afirma—"rezuma, sin alarde alguno, de letras griegas y latinas". Sin embargo, la cita que aduce LASSO DE LA VEGA es lo suficientemente significativa y reveladora de la actitud de Unamuno ante los clásicos antiguos: "Llevo veinticuatro años en trato con los antiguos de Grecia, oyendo la voz de su sabiduría; llevo más de veinte

mis conocimientos en literatura griega, cito en mis escritos lo menos posible a aquellos mismos autores a quienes estoy traduciendo y comentando en clase mientras doy al público aquéllos... y procuro no hacer sentir sobre mis lectores el catedrático de griego". Pero, ¿son estas razones suficientes? No vamos a negar, sin más ni más, la sinceridad de Unamuno al escribir las palabras que se acaban de citar; sin embargo, en las múltiples ocasiones en que juega con la etimología o con el significado de las palabras parece preocuparle menos hacer sentir sobre los lectores el lingüista o, mejor, como a él le gustaba decir, el filólogo. La verdadera y última razón es que, mucho más que en los clásicos que por obligación del oficio traducía y comentaba en clase, era en la lectura de otras obras y autores donde don Miguel encontraba incitación para sus pensamientos y buscaba remanso para sus inquietudes. El profesor Fernández y González<sup>9</sup> ha hecho el recuento y valoración de las citas contenidas en el *Diario inédito*—redactado por Unamuno en circunstancias tan críticas para él—. Las citas de autores clásicos no sólo no pueden, ni remotamente, compararse a las de la Biblia, que constituyen el núcleo fundamental y más abundante, ni siquiera a las de Kempis, el P. Faber, San Agustín o Nietzsche, sino que, entre treinta y tres nombres de autores citados, sólo una o dos veces aparecen, con una cita cada uno, Homero y Marcial. Y cuando en 1924 Unamuno sale de Salamanca camino de su confinamiento en Fuerteventura, los libros que lleva consigo son: el *Nuevo Testamento* en griego, la *Divina Comedia* y las *Poesie* de Leopardi.<sup>10</sup>

En agosto de 1915, en plena primera guerra mundial, escribe Unamuno su largo artículo "Leyendo a Lucano",<sup>11</sup> don Miguel escribe desde su casa de Salamanca, teniendo a la vista, de un lado, la torre de Monterrey y, de otro, el torreón de las Ursulas. "¿Qué mejor, pues, cabe hacer"—se pregunta—"bajo el esplendor de esta visión pétrea del Renacimiento, en estas calmosas y aun bochornosas tardes caniculares, qué mejor cabe hacer que transportarse a aquel Renacimiento, cuando la antigüedad grecolatina resucitaba?... Y me he puesto a reparar los clásicos. Y ahora, dejando por un momento a los griegos, a los que tengo obligación de explicar durante el curso, me he vuelto a los latinos. Y en este balcón, buscando un poco de frescura, leo a Tito Livio, a Lucrecio, a Lucano" (p. 52). La visión de los edificios renacentistas salmantinos le lleva a la época en que se construyeron, y en un como intento de revivirla, se pone a leer autores latinos. También lo hace, un poco, obedeciendo a la casi obligación que un profesor de lenguas clásicas tiene de "reparar los clásicos".

Pero, ¿por qué es Lucano precisamente el autor que ahora lee con más interés, dedicándole un comentario periodístico, sermón y meditación al mismo tiempo? Porque en la *Farsalia* de Lucano, en el poema de la guerra entre César y Pompeyo, cree encontrar, y naturalmente la encuentra, materia para su meditación, y también un refugio para sus preocupaciones. "Para poder descansar"—son las palabras con que comienza su plática—"de las emociones que la guerra procura, ¿qué mejor refugio que algún escondido rincón, ceñido de verdura, adonde los ecos del combate no lleguen? Así un día de estos me iré a mi nativa tierra vasca... a ver si allí... encuentro... el baño sedante que aplaque mis nervios... Entre tanto, y ya que aquí no se me ofrece ese rincón de verdura, busco, sin embargo, bajo el reflejo del esplendor del Renacimiento, un refugio. Es un refugio en el remoto pasado" (p. 51). Un remoto pasado que, en el comentario unamuniano, pasa enseguida a ser de la más cercana actualidad.

Don Miguel empieza, en su comentario, afirmando la españolidad de Lucano: "Aquí está Lucano, nuestro Lucano, ¡el español!"<sup>12</sup> Y prosigue diciendo que su poema "canta a un vencido, a Pompeyo. El primer canto robusto de esta mi patria—¡bendita sea!— fue un canto a un vencido. Ya se anunciaba el quijotismo, ¡Lucano fue un profeta de don Quijote!" (p. 52).

explicándolos en la cátedra. Me aquietan, me seren, me apaciguan; cada vez creo comprenderlos mejor, pero no me satisfacen" (*Ensayos*, Ed. Aguilar, II, p. 9). Sobre Unamuno como profesor, conocedor y traductor de los clásicos, son del mayor interés las notas de Manuel Fernández Galiano en *Estudios Clásicos*, VII, 1963, p. 391; VIII, 1964, p. 264 ss.; IX, 1965, p. 289 ss.; X, 1966, p. 219 ss.

9. Ángel Raimundo FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, "Unamuno, Diario inédito y vivencia poética de la muerte", *BBMP*, 43, 1967, p. 208 ss.

10. SALCEDO, *Obr. cit.*, p. 254.

11. *Obr. compl.*, V, pp. 51-60.

12. Cf. Américo CASTRO, *La realidad histórica de España*, México, 1954, sobre todo el epigrafe "Séñeca no era español" (p. 642 ss.), donde se dice: "Ya

El tan traído como llevado *bella... plus quam civilia* (I, 1) le da pie a Unamuno para hablar de la unidad europea, cuyos peores enemigos son, dice, “un bárbaro militarismo” y “un comercialismo no menos bárbaro”. “¿Es que esta guerra de hoy — se preguntaba don Miguel en 1915 — no es también más que civil? ¿Es que los pueblos europeos no forman, en el fondo, una verdadera nación, una verdadera hermandad? (p. 52). Unamuno plantea aquí un problema, hoy todavía no resuelto, pero que sigue siendo de la más viva actualidad internacional.

De las seis causas que halla Lucano para explicar la guerra, Unamuno elimina, por innecesarias, todas menos una, quedándose únicamente con la fatalidad. “El misterioso Hado lo explica todo” — dice (p. 53) —. Nada más cierto: el Hado lleva ahora a don Miguel a hablar del siervo albedrío de Lutero, del imperativo categórico de Kant, de un discurso del a la sazón canciller alemán en el cual había dicho que “la necesidad no conoce la ley”, del librearbitrismo de los teólogos españoles, y de nuestra hispánica real gana, que “es” — dice — “otra forma de fatalismo” (p. 53).

Don Miguel, que también se complacía en la defensa y en la compañía de las causas perdidas — quinta esencia del quijotismo — al llegar a aquello de *Victrix causa deis placuit, sed victa Catoni* (I, 128), que él traduce “la causa vencedora plugo a los dioses, pero la vencida a Catón”, comenta: “Aquí tenemos a Catón por encima de los dioses. Catón de Utica, eterno modelo de hombre. De hombre, no de sobre-hombre, ¡no!, sino de hombre” (p. 54). Pero ahora, el profesor de griego de la Universidad de Salamanca da un salto revelador, y en vez de hablarnos de Catón, del Catón romano, del de la historia, nos presenta, con bastante detenimiento, el Catón poético de Dante, no sin aducir varias citas de la *Divina Comedia*, que, decir vivir en paz — *in pace vivere* — y nos remite a otro pasaje de la misma *Farsalia*...

Don Miguel traduce después una veintena de hexámetros de Lucano, y, más o menos en conexión con ellos, truena contra “la vergonzosa neutralidad española”, se refiere a “la bárbara turba del Rin”, y a propósito de “los fieros y duros iberos” apostrofa así al poeta: “¡Ay mi Lucano, cuánto han cambiado los nietos de los nietos de tus hermanos!” (p. 56).

Interesante por demás resulta el comentario a las palabras de Pompeyo: “*disces non esse ad bella fugaces, Qui pacem potuere pati* (II, 558 s.). En primer lugar por la traducción que de ellas da Unamuno, y no tanto por la forma en que lo hace — “aprenderás que no huyen de la guerra los que no pudieron sufrir la paz” — como por la razón, tan escasamente filológica, que alega para hacerlo como lo hace. “Ya sé que se puede traducir el *pati* de otro modo que por sufrir. El honrado comentarador Farnabio dice que eso quiere decir vivir en paz — *in pace vivere* — y nos remite a otro pasaje de la misma *Farsalia*... Pero yo, español como Lucano, creo que se debe traducir: “no huyen de la guerra los que pudieron sufrir la paz” (p. 57). Después viene el comentario a esta expresión tan unamuniana: “¡Sufrir la paz! ¡Soportar la paz!”. En un largo excursus, en que hasta echa mano, para sacar datos, de una revista y de un libro ingleses, don Miguel diserta sobre lo que cuesta la paz, sobre el pacifismo, sobre lo que llama “cándido sueño de Spencer” y “ensueño pueril de Comte”, utiliza una idea de Chesterton y habla de política alemana, y a todo, le pone este colofón: “es para conservar esa paz y para sufrir esa paz fecunda para lo que los aliados luchan contra los que quieren organizar a Europa industrial, mercantil, científica y militarmente” (p. 60).

Al hexámetro: *Heu pudor, exigua est fugiens victoria Magnus!* (II, 708), que Unamuno traduce: “¡Oh vergüenza! ¡Pequeña es la victoria si huye el Grandel!”, le encuentra también una aplicación a la actualidad del momento. “Pienso — dice Unamuno — en la entrada, hace pocos días, de las tropas del káiser en Varsovia, sin haber logrado copar el ejército del gran duque ruso” (p. 60).

Don Miguel termina así su artículo: “... para no sufrir eso [las disquisiciones de los periódicos sobre la marcha de la campaña] me refugio en Lucano, Lucano, un poeta es-

se sabe que la historia se escribe sobre sentimentalidades; pero de todos modos la cantilena de ser “españoles” Séneca, Lucano, Marcial, Prudencia, etc.,

es un gran estorbo para darse cuenta de lo que es efectivamente real en la vida española” (p. 643).

pañol y a la par romano, cantor del vencido, y no un pedante dómine, un bárbaro adulterado por la ciencia—hay una forma científica de la barbarie—que sólo creyera en el éxito” (p. 60).

En estas palabras—en las que no es improbable que esté el antecedente directo de aquello de “los bárbaros especialistas” de Ortega y Gasset, que tanto éxito tuvo y tanto se ha difundido—, en estas palabras hay un no velado desdén por la ciencia especializada (sin duda, precisamente, la alemana, ya que antes Unamuno se ha detenido en lo de “la bárbara turba del Rin”), desdén en el que quedaría también envuelta la ciencia filológica. No dejemos de señalar que mientras a los filólogos que se precian de tales gusta siempre leer los textos antiguos en las ediciones más cuidadas y al día, a don Miguel de Unamuno esto parece tenerle completamente sin cuidado. “Le tengo [a Lucano]—dice— en una edición, no muy buena para la vista— ¡gracias que soy miope!—, de 1721, de Padua, con notas de Hugo Grocio y de Tomás Farnabio” (p. 52). Otra observación: a este último hemos visto antes cómo lo llama desdeñosamente “el honrado comentador Farnabio”.

Bastantes años después, a primeros de julio de 1933, cuando todavía estaba reciente el éxito de la representación en el teatro romano de Mérida de su versión castellana de la “Medea” de Séneca, don Miguel vuelve a acordarse de Lucano, y escribe otro artículo, más breve que el de 1915, titulado “Notas a Lucano”.<sup>13</sup> “Mi trato último—comienza diciendo— con Lucio Anneo Séneca me ha llevado, como de la mano, a su pariente Marco Anneo Lucano, de la misma familia—gens— Annea, de Córdoba. Y apenas vuelto de Mérida y recogido en esta mi librería de Salamanca, eché mano de un viejo ejemplar de la *Pharsalia*, entre cuyas hojas dejé, hace ya años, no pocas notas y acotaciones manuscritas” (p. 157). Pero, claro está, no es sólo esta circunstancia la que ha llevado a don Miguel otra vez a Lucano, como dieciocho años antes no lo fue tampoco solamente ni la casi obligación que sentía de repasar los autores latinos ni el afán de ponerse a tono con el ambiente renacentista de los edificios salmantinos a la vista de los cuales entonces escribía. En 1915 buscaba en la lectura de Lucano refugio y confortamiento para su espíritu acongojado por la guerra en que ardía Europa. “Los robustos hexámetros latinos”—escribía entonces—, “algo conceptuosos a las veces—Lucano era cordobés—, desfilan por mi espíritu como un verdadero ejército. Cuentan de guerra, dicen de guerra, y oyendo de esa guerra templo mi espíritu en las emociones de hoy” (p. 52). En 1933, en la concreta situación política española del momento, Unamuno ha ido a buscar en Lucano, como él mismo nos dice, “un relativo consuelo para las congojas que constriñen mi espíritu a la visión de esta guerra más que civil, que desvela los campos erizados de jarales y cambronerías” de España (p. 160).

Unamuno, al parecer, ahora no procedió a una nueva lectura de Lucano, sino de esas “notas y acotaciones manuscritas” de que antes se ha hecho mención: “me puse—dice— a repasar mi antiguo repaso de la *Pharsalia* de Lucano, y, ¡cómo, al repasarlo, resucitó la historia actual de nuestra España, cómo revivió lo que estamos viviendo!” (p. 157). ¡Qué unamuniano es todo esto! No es ahora que el pasado sea actual; es que el presente se hace actual en el pasado: presente y pasado, pasado y presente todo es uno y lo mismo.

Es evidente que el artículo de 1915 no lo tiene delante don Miguel cuando redacta este otro de 1933, bastante más corto. Pero varias de las “notas” que entonces tuvieron “aplicación” a la guerra europea, sirven ahora para esta meditación española.

Unamuno apenas se detiene ahora sobre lo de *bella... plus quam civilia*,<sup>14</sup> no deja de subrayar, como antaño, que Lucano escribe para cantar a un vencido, y de César dice que es el “instaurador del cesarismo, que no es ni más ni menos que el fajismo” (p. 158). Catón es “una especie de Don Quijote romano y pagano..., que se suicidó por no rendirse al cesarismo, al estatismo. Dechado noble, sobre todo en esta gloriosa agonía del liberalismo a que asistimos” (p. 158). Otra vez medita Unamuno sobre la fuerza del Hado y “las

13. *Obr. compl.*, V, pp. 157-160.

14. Estas palabras de Lucano fueron comentadas también por UNAMUNO en 1920 en el prólogo de *La tía Tula*: “Y cuando siglos más tarde, nuestro Lucano español, llamó a las guerras entre César y Pompeyo

*plus quam civilia*, más que civiles—lo dice en el primer verso de la *Pharsalia*— quiere decir *fraternales*. Las guerras más que civiles son fraternales” (Colección Austral, núm. 122, Madrid, 1956, p. 14).

causas que arrebatan a los malvados combates" (cf. II, 252), con "aplicación" a nociones actuales (los partidos políticos, la política, la revolución). Las palabras de César: *sic hostes mihi desse nocet* (III, 364) son aplicadas también al "Estado todopoderoso y absorbente" (p. 159). Sobre otras ideas y palabras de Lucano pasa Unamuno muy de prisa, deteniéndose sólo un poco más en el comentario a los versos de Lucano sobre los campos de Hesperia sin arar y llenos de maleza (I, 28 s.), versos que el comentador traslada al presente. "¿Les faltan manos a los campos que las piden? A estaciones sobran manos y todo el año sobran bocas para el pan que pueden dar esos campos esquilados... Y, sin poder sufrir la paz, huyen los pobres a la guerra" (p. 159). "En los tiempos que cantó Lucano — prosigue comentando don Miguel —, los soldados, los cesarianos, se revolvieron contra la civilidad degenerada — *degenerem... togam* — y contra el reinado del Senado — *regnumque Senatus* —. Y el reinado del Senado era la "República", dice Unamuno, que asimila el Senado romano y las Cortes españolas, y diserta sobre la Monarquía y la República, y sobre medidas gubernamentales del momento, como la famosa Ley de términos municipales. Las palabras de Lucano: *nullum est sine nomine saxum* (IX, 969) las comenta diciendo: «"No hay una piedra sin nombre en la Tróade", dice Lucano. Y aquí, en su España, dijo no sé quién "que no hay un palmo de tierra sin una tumba española"<sup>15</sup> (p. 160).

Los temas de meditación, en este artículo, están más bien enumerados que glosados con cierta calma. Lo sumario y rápido del procedimiento delata el desasosegado estado de ánimo en que se encontraba don Miguel. Sólo el párrafo final se eleva a las cimas del estilo depurado de los últimos años de don Miguel. "He ido a buscar en esas dos cuartillas de letra apretada — como patitas de moscas, que se dice —, que guarda mi vieja *Pharsalia* patavina, un relativo consuelo para las congojas que constriñen mi espíritu a la visión de esta guerra, más que civil, que desvela los campos erizados de jarales y cambronerías, y he sentido que soplabá sobre mí el aliento del Hado. He recordado a Pompeyo, a César, a Catón. Luego a Don Quijote. Y luego he repetido: ¡Sueños españoles de Dios!" (p. 160).

Después de este somero repaso de los dos artículos de don Miguel de Unamuno constituidos por las meditaciones que, en dos momentos de su vida bastante distanciados, escribió al hilo de la lectura de la *Farsalia*, vemos que, como era de esperar, la manera como Unamuno utiliza en sus comentarios el texto de Lucano no es la de un filólogo, ni siquiera la de un filólogo doblado de humanista, ya que tampoco este último puede prescindir de la dimensión histórica de los textos; Unamuno procede más bien como un viejo humanista, aunque, claro es, él esté muy lejos de profesar ningún rendido culto a la antigüedad. En realidad, lo que hace con el texto de Lucano no es otra cosa que hacer uso del procedimiento que al principio hemos visto que denominaba exégesis simbólica y mística. La *Farsalia*, en la lectura que de ella hace Unamuno en dos situaciones de su vida distintas y alejadas en el tiempo, pero similares en la preocupación y en la congoja, es un libro vivo en el cual ha buscado, y — como él mismo se encarga de decirnos — sólo en parte encontrado, consuelo y confortamiento. En ambas ocasiones el poema de Lucano le ha servido de libro de meditación, y a algunos de sus pasajes ha ido dando, apoyándose unas veces en su contenido conceptual y otras veces en la pura literalidad, una aplicación

15. El autor a quien UNAMUNO se refiere, y de quien, no sin cierto desdén, parece no querer acordarse, es el publicista y poeta, decidido partidario de "la Gloriosa de 1868", don Bernardo López García (Jaén, 1840 - Madrid, 1877). La cita de UNAMUNO pertenece a las famosas décimas "Al dos de Mayo", que superaron en popularidad a la enfática y retórica composición poética sobre el mismo asunto de don Juan NICASIO GALLEGO. Antes de nuestra guerra, sobre todo, y por tanto en el momento de escribir su artículo UNAMUNO, eran muchos los que podían recitar de memoria las famosas décimas; a ello contri-

buyó, sin duda, el que figuraban en muchas antologías, por ejemplo, en la titulada *Recitaciones escolares*, de don Ezequiel SOLANA, libro que todavía hace pocos años se encontraba prácticamente en todas las escuelas españolas. El primero de los octosílabos está inexactamente citado; UNAMUNO, citando de memoria, ha integrado en el mismo la conjunción *que* y ha sustituido el sustantivo *puñado* por *pulmo*, mejorando literariamente el original: "... desde la cumbre bravía / que el sol indio tornasola / hasta el África que inmola / sus hijos en torpe guerra / no hay un puñado de tierra / sin una tumba española".

muy concreta y actual, al propio tiempo que ha encontrado motivo para insistir en algunos de sus tópicos más caros, como, por ejemplo, el del qui jotismo. Por lo demás, al leer la *Farsalia*, don Miguel de Unamuno no ha necesitado de una "inquisición estrechamente histórico-crítica", sino que el texto desnudo de Lucano le ha bastado "como punto de partida de nuevas fantasías y nuevos renovamientos arbitrarios".

VIRGILIO BEJARANO